

La emisaria de la desgracia entró en la oficina como un torbellino, seguida por un marido tembloroso que ni siquiera se atrevía a levantar la vista del suelo.

—Figúrese que vuelvo de Lourdes y me lo encuentro con la boca hecha un higo y sin poder hablar —gritó—. ¡Mire que es difícil perder la dentadura en un autobús! Pues nada, entre su manía de dormir con la boca abierta y esos baches que al ayuntamiento no le da la gana de arreglar...

Felisberto mantuvo la compostura. Veinte años en objetos perdidos le habían enseñado la paciencia. Sin alzar el tono, se informó acerca del lugar y la fecha exactos del suceso. Luego, con toda la discreción de que fue capaz, consultó el registro bajo el mostrador. El martes constaba la recepción de una prótesis dental.

—Voy a verificar, señora.

Ya antes de abrir la puerta del almacén, notó el penetrante olor a humedad provocado por el taponamiento de los conductos de ventilación. El único fluorescente que funcionaba parpadeó largo rato antes de encenderse. Felisberto pudo ver la hilera de estanterías que subían hasta el techo, atestadas de todo tipo de cachivaches en espera de su dueño. Los recortes presupuestarios le habían privado de su ayudante y él solo no conseguía poner orden allí dentro. Buscó en la balda baja de la primera estantería, donde solía depositar las nuevas entradas. Encontró los consabidos paraguas, libros, carteras y guantes, pero también objetos menos comunes que no debería haber olvidado: un látigo, una navaja con la inscripción "Todo por la patria", una pierna ortopédica. De la dentadura no había ni rastro.

No disponía de mucho tiempo y decidió probar en la segunda balda. La luz era tan mala que, aun subido a la escalerilla, tuvo que explorar a tientas. El polvo acumulado llenó su garganta y le hizo toser como un tuberculoso. Luchaba por alcanzar el fondo con la mano estirada, cuando su cuerpo se apoyó sobre la estantería y un pequeño globo terráqueo le cayó en la cabeza. Una hucha de porcelana se precipitó de las alturas y se hizo añicos contra el suelo. A través de la puerta abierta, Felisberto escuchó las airadas protestas de la mujer. Comprendió que era inútil seguir insistiendo y, tras sacudirse el polvo y aplastarse sus escasos cabellos con las palmas sudorosas, salió de nuevo a la oficina.

—Lo lamento mucho, pero no disponemos de ninguna prótesis dental en estos momentos —dijo con aplomo.

—¡Qué me dice! —se indignó la mujer—. ¡Si ha ido usted a buscarla!

—Se trataba de otra que ya ha sido restituida a su propietario —mintió—. ¡Si supiera usted cuántas se pierden en nuestra ciudad!

La mujer clavó en él unos ojos terribles y estalló en una retahíla de maldiciones. El marido le miraba con la mandíbula encogida y los ojos llenos de miedo, pero Felisberto había conocido situaciones más delicadas. Aguantó con estoicismo una feroz diatriba contra los hombres y el gobierno municipal, e incluso consiguió mascullar una despedida cuando la mujer agarró del brazo a su esposo y salió dando un portazo.

En cuanto sus pasos se perdieron por los pasillos del ayuntamiento, Felisberto empezó a recoger. Ese día era el cumpleaños de Elena. El miedo a olvidar la fecha le había llevado a apuntársela con bolígrafo en la palma de la mano. Pensó una vez más que habría sido fácil regalarle gratis la bonita estilográfica dorada recibida el viernes pasado, o el abrigo de piel que nadie había reclamado aún, pero, por alguna razón, nunca conseguía vencer sus escrúpulos. Después de cerrar, en vez de ir al bar de Sebas, se dirigió al centro comercial. Allí compró flores y un cinturón con la hebilla en forma de mariposa que había visto en un escaparate el día anterior.

De regreso a su casa, un tipo medio borracho intentó venderle una colección de libros de autoayu-

da. Felisberto se lo sacó de encima como pudo y entró rápido en el portal. Abrió el buzón: la respuesta del Ministerio seguía sin llegar. Elena no había vuelto todavía y Felisberto tuvo que recalentar los restos de la cena de anteayer. Luego cogió unos folios y se puso a escribir de nuevo a la sección de Recursos Humanos del Departamento general de Atención al Ciudadano: *“En vista de su injustificable silencio, me veo obligado a protestar una vez más contra la continua degradación de mis condiciones de trabajo. No exijo una recompensa a veinte años de carrera ejemplar, sino la posibilidad de seguir prestando decentemente un servicio básico para el buen funcionamiento de nuestra sociedad...”*

No habría sabido decir hasta qué hora estuvo redactando la carta. Cuando abrió los ojos, el salón estaba a oscuras. Comprendió que se había quedado dormido. Agarró el regalo y se dirigió hacia su cuarto con paso tambaleante. Al distinguir las formas de Elena entre las sábanas, se detuvo en seco. ¿Cómo era posible que no la hubiera oído entrar? Felisberto habría querido dar un grito de rabia; sólo el miedo a despertarla le retuvo. Dejó el paquete en la mesilla de noche y se desvistió con sigilo. Luego se tendió junto a ella, a esa distancia en que, sin tocarla podía sentir el calor de su cuerpo y la caricia rítmica de su respiración.

Los objetos perdidos no paraban de llegar a la oficina. La rutina era siempre la misma: Felisberto abría a las ocho y, media hora más tarde, después de una gira de recogida por las distintas secciones —Transportes, Limpieza vial, Parques y jardines—

aparecía Lorenzo con las entregas. Él las consignaba escrupulosamente en el registro y a continuación las colocaba como buenamente podía en el almacén. Al día siguiente de su encuentro con la mujer de la dentadura, llegaron un bonsái y un enorme osito de peluche. ¿Dónde tenía la gente la cabeza? Las estanterías estaban repletas y, por primera vez, se vio obligado a depositar las entregas en el suelo. Se alegró de qué no apareciera ningún cliente, aunque la perspectiva de seguir recibiendo más objetos de los que salían resultaba insostenible.

El bar de Sebas era el único lugar donde Felisberto podía dar rienda suelta a su indignación:

—Los cabrones del ayuntamiento despilfarran el dinero en mariconadas y no tienen ni un duro para mi oficina —decía ya a la primera cerveza—. Antes no era así. La gente perdía menos cosas y venía enseguida a recuperarlas. Hoy todo el mundo se cree rico y no hace más que consumir, consumir...

Sus viejos compañeros de barra lo escuchaban con una sonrisa en los labios:

—Cuidado, Felis, que te nos vuelves ecologista.

Felisberto se sentía muy solo. Los del bar se burlaban de él y la administración le ninguneaba con total impunidad. Elena volvía cada vez más tarde a casa, cansada y ausente después del trabajo, y él prefería no aburrirla con sus historias. Se aferraba a pequeños detalles que sugerían una forma de complicidad más allá de las palabras: ver que se ponía el cinturón que le había regalado, juntar sus manos como

por descuido, sostenerle el prendedor mientras ella se hacía el moño ante el espejo.

Todo se vino definitivamente abajo el día en que aquel ejecutivo se presentó en la oficina preguntando por su raqueta de squash. Felisberto entró en el almacén, y el único fluorescente no se encendió. Ni sus manotazos contra el interruptor ni sus horribles blasfemias lograron aliviar la oscuridad. Luego de excusarse ante el deportista aludiendo a un “imponderable”, Felisberto se dirigió al “Servicio Técnico” del ayuntamiento, decidido a acabar de una vez por todas con aquella situación.

En “Servicio Técnico” le mandaron a “Mantenimiento”, en “Mantenimiento” a “Infraestructuras” y de aquí a la sección de “Locales y Dependencias”. En este último departamento, acaso intimidados por los violentos gritos de Felisberto, los encargados le prometieron que “un técnico cualificado” iría a evaluar el incidente “en los próximos días”. Felisberto sabía de sobra lo que aquello significaba. De vuelta a su oficina, se acordó de la lata de gasolina que debía de seguir en algún rincón del almacén. Consideró seriamente la posibilidad de prenderle fuego. Sólo le detuvo el recuerdo de los miles de objetos inocentes que dormían en las estanterías y de los que él, absurdamente, se sentía tan responsable como un padre.

—No se van a salir con la suya los hijos de puta —repitió Felisberto esa tarde en el bar—. Van a enterarse. Voy a hacer algo. Tiene que ser algo sonado, algo grande...

Sus fanfarronadas terminaron por cansar a sus compañeros de mesa:

—Si yo fuera tú, me ocuparía menos de esos jodidos cacharros y más de mi mujer.

Felisberto se volvió hacia el responsable de esas palabras. Era un gordo tranquilo, que solía emborracharse en su rincón sin molestar a nadie.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Felisberto.

—Lo que he dicho. Tengo ojos en la cara.

Felisberto se acercó y le tiró lo que le quedaba de cerveza en pleno rostro. El otro se levantó y fue a por él. El bar entero tuvo que intervenir para separarlos.

Cuando volvió a casa después de la trifulca, Elena no había llegado. Se sentó en el salón a esperarla. Dieron las once. El tiempo se arrastraba con desesperante lentitud. Cuando ella entró al fin por la puerta, Felisberto tuvo que hacer un esfuerzo para observar fríamente su rostro, como si se tratara de un objeto desenfocado por la cercanía.

—¿Dónde has estado?

—¡Dónde va a ser! Trabajando.

—¿A estas horas?

—¡Qué remedio! Me casé contigo, ¿recuerdas?

Felisberto sintió que le venían a la garganta frases agrias en donde nada, ni siquiera el odio, era nuevo. No se atrevió a pronunciarlas. Tuvo miedo de las viejas heridas, de la fragilidad que descubrían los pómulos y los labios pálidos de Elena. En vez de someterla al interrogatorio previsto, accedió a darle un masaje en los pies. Se quedó dormida en el sofá y él tuvo que conducirla en brazos al dormitorio.